

LA ORACIÓN EN VOZ ALTA

CON EL EVANGELIO (4)

Antonio Pérez Villahoz

Primera edición: diciembre de 2014

© Cobel

ISBN: 978-84-943317-2-5

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	5
Amarás al Señor, tu Dios	9
Solo una cosa es necesaria	29
Quien pide, recibe	45
Muchos son los llamados	63
Cuidado con la hipocresía.....	81

INTRODUCCIÓN

“Nunca seré capaz de hacer oración: es difícil hablar con alguien a quien no ves”. Estas palabras, pronunciadas por un chico de quince años, se me quedaron bien grabadas. Eran el resumen de algo que todos hemos pensado alguna vez... Al final el tiempo te dice que todo es más sencillo de lo que parece. Intenté explicarle a este chico que hacer oración es de las cosas más divertidas de este mundo, que merece la pena el esfuerzo, que Dios siempre está a la escucha, que lo que pasa es que muchas veces nosotros estamos en “off”. Hicimos un trato; le dije que escribiera sus ratos de oración en unos cuántos folios, que hiciera el esfuerzo de poner por escrito todo lo que llevaba dentro y le gustaría hablar con Dios. Le animé que se hiciera protagonista de sus ratos de oración, que hablara de tú a Tú con Dios.

Las páginas que siguen son fruto de su esfuerzo. Es la oración en voz alta de un chico de

quince años que abre el Evangelio. Acabó descubriendo su modo de hacer oración. Al final se dio cuenta que sí era capaz de hablar con Dios, porque lo veía detrás de su conversación, porque supo escuchar y sentirse escuchado, porque supo mirar al Sagrario con ojos de hijo de Dios. Utilizó sus palabras, su lenguaje, su modo de expresarse. A mí me han ayudado. A mí este chico, que decía que era incapaz de hacer oración, me ha enseñado a rezar, me ha enseñado a dirigirme a Dios como Padre, como amigo. Si a ti también te ayudan, dale las gracias a Dios y cuéntaselo a otro amigo tuyo, de esos que, como tú y como yo, hemos pensado que nunca seríamos capaces de hacer oración... hasta que entendimos que hablar con Dios de verdad es una cosa bastante divertida.

AL EMPEZAR LA ORACIÓN:

Señor mío y Dios mío,
creo firmemente que estás aquí;
que me ves, que me oyes.
Te adoro con profunda reverencia,
te pido perdón de mis pecados,
y gracia para hacer con fruto este rato de
oración.

Madre mía, Inmaculada,
San José, mi Padre y Señor,
ángel de mi guarda,
interceded por mí.

AMARÁS AL SEÑOR, TU DIOS

Señor, hoy vengo un poco cansado y sin ningunas ganas de hacer contigo este rato de oración. Estoy como desganao, sin ilusión por hacer nada, con la tentación de dejar pasar el tiempo para que acabe esto cuanto antes y así irme a merendar y tener un poco de tiempo para ir a mi bola, sin pensar en nada, sin tener que cansarme escribiendo... Ya ves, sigo siendo un adolescente total, un sube-bajas, un tío demasiadas veces dominado por sus estados de ánimo, por cómo estoy y por cómo me siento... ¡Y es que me falta mucho amor a Ti, mi Jesús! Perdóname y ayúdame. No dejes que caiga en el egoísmo y en esa tendencia a encerrarme en mí mismo, en no escuchar a nadie, en estar como melancólico y ausente... No dejes que los bajones propios de la edad sean quienes lleven mi modo de comportarme. Hazme fuerte y dame toda la fortaleza y la reciedumbre que necesito para salir de mi yo... para estar así solo pendiente de Ti y de lo que quieras decirme en este rato de oración.

Muchas veces hemos hablado Tú y yo de lo absurdo que es dejarse llevar por los estados de ánimo, pero una cosa es hablarlo así en general y otra muy diferente cuando llevas todo un día de colegio a tus espaldas, y hoy es lunes y queda un mundo hasta que sea viernes. Y además, tengo un par de exámenes que tengo que estudiar a saco si quiero aprobarlos. Y ya el colmo es que tengo más sueño que el más fiestero de mi pueblo, porque cuando llega la hora de irse a la cama, es cuando se me quita todo el sueño y lo que me gusta es marear y acostarme tarde... Y cuando suena el despertador al día siguiente, se me cae el mundo encima.

Hoy, Señor, no he vivido el minuto heroico y me he quedado retozando de sueño en la cama. No he hecho ese rato de oración que procuro hacer antes de ir al cole, y tal vez sea eso lo que me tenga así de bajón... porque he perdido la primera batalla del día... Y además, todavía no he sido capaz de pedirte perdón por ello... pero ahora lo hago con ganas, porque cuando no escondo mis errores y te los cuento tal y como son, entonces me siento mucho mejor por dentro.

Cuando me reconozco pecador, Jesús, mi alma es más libre, las cosas me cuestan menos y es más fácil recomenzar. Es curioso el gran bien

que me hace pedirte perdón. Reconocer, por ejemplo, que me he quedado esta mañana en la cama por pereza, y pedirte disculpas por ello, me da mucha más fuerza para no fallar a la siguiente... Gracias Jesús, porque veo que tu gracia empuja mi alma hacia adelante... Gracias por tu ayuda, por tu consuelo, por tu comprensión, y gracias de verdad por perdonarme y alentarme tantas veces.

Y a ti, Madre, a ti San José y a ti ángel de la guarda... de un tirón os pido a los tres ayuda para hacer bien este rato de oración... Que cuando lo acabe pueda decir de verdad que me he esforzado, que he luchado por no distraerme, que he estado atento para escuchar lo que Dios quisiera decirme, y que he puesto todo de mi parte para tener el alma abierta, para pelear en este empeño por ser santo aunque esté tan lejos de conseguirlo.

Bueno, Jesús, voy a leer lo que quieras decirme en este trozo del Evangelio que he elegido para la oración de hoy:

En aquel tiempo, se presentó un maestro de la Ley y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»

Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?»

Él contestó: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo.»

Señor, me fijó primero en esta frase que aparece al principio, cuando pone que se te acerca un maestro de la Ley para preguntarte con el fin de “ponerte a prueba”... O sea, Jesús, esta persona acude a Ti con la intención de pillarte en un renuncio... viene con malas intenciones, como cuando el profe de mates se da cuenta que no tienes ni idea y él venga a hacerte preguntitas de todo tipo para dejarte como el tonto de la clase... Pues algo parecido pretendería este señor contigo, Jesús. Buscaba pillarte, dejarte mal, venía con malas intenciones y con cierta mala baba... ¿Por qué, Señor? ¿Por qué la actitud de esta persona era tan retorcida cuando se dirigía a Ti? Pues yo, Jesús, la respuesta no la sé, pero sí sé que yo a veces soy también así con otras personas, y de vez en cuando también contigo. A eso se le llama doblez, ir con segundas, no ser sencillo e ir de listillo... En el fondo es ser un falso, poner un tonillo de voz cuando por dentro estoy pensando lo contrario de lo que digo, o busco pillar a otro en algo que se contradice, o

pongo sonrisilla de tío majo cuando en el fondo estoy cabreado con esa persona... Y toda esa doblez me hace daño, Señor, porque me quita la sencillez interior, me hace una persona rebuscada y hace que no me muestre a los demás –ni tampoco a Ti- como realmente soy, sino con una máscara que esconde a otra persona... Así que, Señor, ayúdame, que sea un tipo sencillo, que no esté pensando todo el rato en quedar bien, o en buscar humillar a las personas, o en meter bolas para quedar de cine en las cosas que cuento... Jesús, hazme humilde y quítame cualquier doble vida que aparezca en mi alma y en mi forma de actuar delante de Ti y de los demás.

Bueno, ahora me centro en la respuesta de cómo se llega al cielo:: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo.»

Pedazo respuesta, Señor... Esto es lo que nos pides a todos: amarte de verdad... pero no un poco, sino con todo el corazón, el alma y con todas las fuerzas ¿Es ese mi amor por Ti, Señor?

La pregunta sé que me la haces Tú, Dios mío: «¿Cuánto me amas?» Y me toca responderte... y me da vergüenza, Jesús... porque te amo poco, porque muchas veces mi amor por Ti es

muy pequeño, muy cutre, muy insignificante... Y Tú me estás pidiendo que te ame con todo mi ser... y yo apenas te correspondo.

Señor, ¿qué puedo hacer? Lo primero es pedirte perdón y pedirte ayuda, porque el problema no es que te ame poco, el problema es que me importe muy poco amarte poco. Cuando las cosas me dan igual, cuando no me importa en absoluto quererte más o quererte menos... entonces yo tengo un problema muy serio. Es como si me diera igual amar a mi madre o dejar de amarla... Puedo ser un hijo egoísta, pero no puedo ser un hijo estúpido... y eso me pasa cuando no me duelen mis faltas de amor por mi madre. Pues lo mismo ocurre con mi vida cristiana... Cuando le oigo al sacerdote decir que tengo que rezar más y mejor, o que querer a Cristo es querer la Misa... y todo eso no me dice nada, no me lleva a poner más empeño en quererte a Ti, Dios mío, con obras, entonces es que soy un cadáver andante, un hombre sin alma... y una persona sin corazón...

Y eso yo no lo quiero, Jesús mío, yo quiero saber amarte cada día más, y eso empieza por pedirte perdón muchas veces cada día, y por saber que si cuento contigo, si te suplico tu auxilio, yo saldré vencedor. Tendré derrotas y perderé batallas, pero ganaré la más importante de todas

las guerras: la de no ser nunca indiferente ante Ti... La de vivir sabiendo que yo te importo y te importo mucho... y de esa verdad innegable sacaré cada días las fuerzas que necesito para que Tú me importes... Ayúdame Jesús, ayúdame.

Y sigo leyendo el Evangelio:

Él le dijo: «Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida.»

Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?»

Señor, se ve a la legua que este tipo iba con ganas de pillarte. Se nota que se sabe los mandamientos, pero por sus palabras parece una persona más preocupada por saberlos que por vivirlos... Le interesa la teoría pero no le interesa nada concretar... y eso me pasa también a mí demasiadas veces...

Me puede importar saber qué tengo que hacer para amar más a Dios pero me importa muy poco ponerlo por obra, Señor mío.

Y es que muchas veces soy un teorías, un tipejo que va de listillo, que sabe muy bien lo que Dios quiere de mí, pero que luego me escabullo

de todos los esfuerzos que eso exige. Y así me va, Señor, que no levanto cabeza ni aunque me caiga un rayo encima.

Me pasa como a este tipo... Ando todo el día queriendo justificarme pero la verdad es que hago muy poco por quererte más, Jesús.

Por ejemplo, ¿cuántas veces me he excusado con no poder ir a Misa porque tenía deberes por hacer?, ¿o en cuántas ocasiones me he dicho: luego hago la oración y al final me he ido a la cama sin hacerla?, ¿o te acuerdas de las veces que me he propuesto hablar con un amigo de confesión y luego me he excusado diciendo que mejor otro día... cuando en el fondo era puro canguelo? En fin, Señor, que soy un excusas constante. Pero sácame Tú de ese mundillo asqueroso de estar todo el día excusándose. Que sea más hombre y que reconozca mis fallos a la primera, sin huir de llamarle a las cosas por su nombre y queriendo poner los medios para sacar adelante todo eso que me pides.

¿Sabes, Señor? A veces me ocurre también que no me excuso, pero tampoco hago nada para luchar más. Hay temporadas en que me cuesta poco reconocer que me dejo llevar por la pereza o por la sensualidad, pero es como si eso me importara muy poco. Me encuentro como rebel-

de por dentro, sin ganas de obedecer a nadie y con cierto empeño por hacer apostas las cosas mal. Son lo que me llamo mis días oscuros... ahí estoy medio tonto de encargo y me vuelvo un pasota de todas las cosas... Apenas estudio, no hago las normas, paso de ir a ver al cura para que me ayude y me encuentro siempre como vacío por dentro... Sin ganas y sin fuerzas para hacer nada.

Como ya sé que esos días son lo peor de lo peor para mi alma, pues poco a poco voy aprendiendo a que sean cada vez menos, pero aún así necesito mucho Tu ayuda... que quiera de verdad vivir como un cristiano siempre, no solo cuando todo acompaña... sino también en los días malos, en los días que no apetece, en los días que todo se ve negro y sin ganas de nada.

Además, Señor, ya he aprendido muchas veces la lección de que sin Ti no puedo nada... y que contigo lo puedo todo. Cuando de verdad salgo de mi yo, cuando no me encierro en mi egoísmo, cuando pongo empeño en no quedarme solo y en aprovechar el tiempo, entonces todo es mucho más fácil. Basta querer hacer las cosas bien para notar toda Tú ayuda en mi alma... Así que, Señor, que sepa vivir de esperanza, vivir para ayudar a los demás y no para estar todo el día pendiente de cómo estoy...